

ENTRE EL ENCIERRO Y LOS RECUERDOS

Es de noche y no sé qué hacer, ando en este encierro sin saber por dónde moverme. Me siento como asfixiado. Me siento dolorido. Me siento muy triste también. Cada segundo es un año. No tengo dimensión del tiempo. Todo es igual. Todo es lo mismo.

Siempre que llega la noche no sé por qué en mí se acomodan imágenes de mi pasado que siempre fue mejor. Siempre mejor que este atroz encierro. Mañana puede ser un día distinto porque viene mi vieja. Viene desde lejos.

Este cuarto tan pequeño, mi cama radicada en la soledad del espacio en que se conforma. No puedo seguir viviendo así. Pero no sé vivir de otra manera desde que entré a este sitio que es la muerte misma.

Mi vieja llora cada vez que me ve en este lugar. Me mira y no dice nada. Sólo dice que me cuide. Sí... que me cuide. Pero a mi corazón, quién lo cuida en este lugar. Quién lo cuida. A veces pienso que nadie. Llega la noche. Llega y miro por la reja. Miro por la ventana que me separa del aire. Del frío de la noche, esta noche que está nublada. Noche nublada que no me deja ver la luna. Sí... la luna. Pensarán que soy un idiota por pensar en la luna. Pero me relaja verla a través de la ventana. A través de esa minúscula ventana.

La vieja mañana viene a la visita. Hace dos años que no la veo. La veo muy poco. Muy poco. Mañana viene y juro que estoy absolutamente nervioso. Siempre que viene mi vieja me pongo así. No me pasa lo mismo cuando ha venido alguno de mis hermanos. Este lugar no es para mi vieja. No lo es. Ella siempre sale de aquí deprimida y sin ganas de nada. Lo sé a ciencia cierta por mi hermano Pedro, que con quien me carteo más, bah... a decir verdad, es el único que me escribe. Ocasionalmente me ha visitado o escrito mi otro hermano, o algún amigo. Ésta es una vida de soledad y encierro, que no se la deseo a nadie. A nadie.

A mi vieja le digo que no venga, que no venga. Lo mismo le digo a mi padre... él así lo ha hecho, no ha venido más. Ella no se merece verme aquí. Pero viene y me dan muchas ganas de verla. Aunque la quiero ver, siempre prefiero que no venga. Pero no me puedo negar a que venga.

La vieja, sí mi vieja querida... mañana viene a la visita. Ella sabe que este lugar es muy oscuro. Muy oscuro. Tengo demasiada tristeza por el tiempo enorme que llevo aquí. Mucha tristeza. Las fotos que me envían están dispersas en toda la cama. Ella sabe que a cada foto la miro como si nunca hubiera pasado nada. Pero pasó tanto. Pasó tanto. Miro las fotos con un detenimiento incalculable. Puedo estar dos horas viendo una foto. Dos horas, con la espalda arqueada como si estuviera en penitencia.

Por eso, debo dejar de pensar, y ahora, que se me vienen estas miles de imágenes, dejar de recordar, cómo fue que maté a Alfredo. Si lo maté a Alfredo, fue sin querer. Como siempre suceden estas desgraciadas situaciones. Malditas sean estas situaciones que hacen que yo esté aquí y el mundo en otro lado. Al otro lado de estas altas paredes está el mundo.

Parece que octubre siempre fue un mes de mala suerte y de desdichas. En octubre del año anterior me alejé de la que era mi querida novia de la adolescencia. En octubre también, de ese mismo

año tuve el accidente con la moto, seis puntos en la cabeza y una pierna quebrada. Bah... que sé yo, la verdad que no sé qué pensar. Lo único que sé es que ese octubre hace años atrás, era una tarde tranquila. No había sido un día caluroso, apenas los árboles se movían con el viento que corría. Era una brisa fresca, lo recuerdo, parece que fue ayer. Luego de ir a esa casa fastuosa de la esquina, luego de escuchar esos horribles alaridos y gritos, como si golpearan a alguien.

Y veo que era Alfredo, era una especie de amigo bonachón que tenía, estaba sacado, golpeando a su novia, pero debí tocar el timbre de la casa, a lo mejor, con el ruido se percataba de que era escuchado. Pero al entrar, se me vino como una fiera, y lo golpeé con lo primero que agarré, y para desgracia de él y mía, fue con el fierro de atizar el fuego de la hermosa estufa de la casa. Del golpe no sobrevivió, cayó de espalda y cayó sobre la mesa de vidrio, destrozándola y cortándose no sé qué arteria que lo mató casi instantáneamente.

La justicia fue contra mí. Aquí estoy encerrado en este lugar, solo y cada día con una tristeza de morir. Cada día. No me doy cuenta que de todo, nada ha cambiado... nada ha cambiado.

Debí pensar antes de golpearlo. Pero cómo pensar. Fue pura reacción. Una reacción que destrozó no sólo mi vida, si no la vida de Alfredo. Los dos perdimos la vida. No hay derecho a perder la vida como la estoy perdiendo yo. Y yo no tenía ningún derecho a quitarle la vida como se la quité a él. Cada vez que pienso en esto me pongo igual. Sí, nervioso. Sí, nervioso y angustiado porque mañana viene mi vieja a la visita.

Sí. Mañana viene la vieja a la visita, a esta inmundada visita de este inmundo lugar. Sólo ese hecho me llena el corazón de tantas sensaciones raras. Sensaciones encontradas. Sensaciones que no sé cómo asumirlas.

Pero verla a la vieja es un nuevo reflejo de luz para esta oscuridad. Es un haz de luz. Cada vez que viene, después lloro a lágrima rota cuando ya se ha ido al final del día. Es como si el tiempo se detuviera. Se detuviera para castigarme. Para golpearme como el cana que ha agarrado esa maldita puta costumbre. Hundir sus puños en mi estómago. Golpear mi rostro con un golpe seco pero que duele. Siempre duele.

Mañana viene a visitarme y tengo la boca hinchada, no me duele mucho, pero se nota el moretón. Como siempre ella se va a preocupar, y me va a decir que no me meta en problemas, ella cree y con razón que me van a matar aquí. Cree que me van a matar. A veces todo es posible. Todo. En este lugar, de todas maneras, los muertos no valen nada. Como tampoco vale la vida. Es lo peor. Es lo más parecido al desagüe de una cloaca que saca los desechos de la hermosa casa. El mundo es la casa. Nosotros somos el desagüe.

Mañana viene la vieja.... Viene la vieja... viene... no sé por qué me pongo así. No lo sé. Ella sí sabe hacerme sentir así. Ella sí. Sabe todo de mí. Y yo de ella sé tan poco. Yo pensaba que nadie me iba extrañar. Sabía que mi vieja no sufriría ninguna pesadilla por mí. Sin embargo sufre. Sufre mucho. No le gusta verme aquí. A mí tampoco me gusta. No era lo que había elegido para mi vida. No era. No.

Mañana viene mi viejita querida. Mi viejita... viene a este lugar de mierda. Ojalá que no venga más. Ojalá. No me gusta que sufra. Pero me gusta verla aunque sea aquí. La quiero tanto. Ella sufre tanto por mí. Sufre. Pobre corazón por los desechos del alma. Pobre mi coraza que me armé para no llorar. Pero lloro. Con cada carta que llega, lloro. Sí como un niño. Sí... sí. Tristeza de mi alma. Tristeza de su alma.

Porque no pensé lo que hacía. Porque no lo pensé. Es que me salió una maldad de adentro... No pude detenerme. Después era tarde. Muy tarde. Tarde.

Mi vieja viene a la visita. Viene, esta es la séptima vez que viene a este lugar en los cuatro años que llevo aquí. Vive lejos. Cuesta muy caro llegar a este lugar. Es muy costoso. Me fui tan lejos de la casa paterna y materna, para equivocarme tan fiero. Tan fiero. Tan feo.

Miro hacia atrás y hay de todo menos esperanza de futuro. Construí mi futuro de la mano de la tristeza. De la tristeza amarga. De la amarga tristeza. Pero bueno siempre seguí adelante hasta que no pude seguir más. Hasta que las paredes se hicieron muy altas. Muy altas. Paredones que me separan del viento frío de la calle San Martín.

Mi vieja viene a la visita. Y ese pensamiento es tan redundante en mí. Sí, es muy redundante en mí. Pura nostalgia. Pura noche de fantasías opuestas a la que nos ha dado la vida. Sí, la vida. No puedo más. Viene a visitarme el ser más querido en esta tierra y no sé qué hacer. La noche es muy larga. Será muy larga. Muy larga.

No sé por dónde seguir. Mis pensamientos no me conducen a nada. A una verborragia de ideas descabelladas. De ideas de pura tristeza, de puras nostalgias. Antes de la prisión, la libertad era esa manera rara de salir a caminar por la antigua plaza. Como si caminar en este momento significara la vida misma. Caminar varias cuadras. Significa tanto para mí. Falta tanto para que salga de este lugar, para salir a caminar por las inmensas cuadras de esta ciudad. Viejas cuadras y largas, con semáforos rotos. Veredas angostas. Ciudad pensada para quedarse entre sus esferas de la realidad.

Estoy a muy pocas horas de que venga la viejita a este lugar... que venga esta visita, que me visite en este lugar, y que estos dueños de la libertad le permitan pasar. Seguro que sí. Que sí va entrar. Me afeitaré para que me vea de una manera diferente. Para que me vea de otro color. Para que me vea presentable. Pero qué sentido tienen todo esto. No lo sé. Ella no lo sabe. Pero sí sabe que me quiere ver mejor. Por eso me afeitare esta misma noche antes de que corten la luz, antes de que este lugar quede a oscuras. En la absoluta oscuridad sólo ruidos a los lejos. Ruidos de quejidos por golpes y de perros a lo lejos. Sólo a lo lejos esos ruidos. Ella sabe que es así. Ella sabe que mi libertad es tan obtusa. Tan provista de diccionarios. Tan provista de puertas que se cierran y no te dejan entrar a ningún lado. A ningún lado.

Mañana viene la vieja a la visita. Pero tampoco puedo dejar de pensar en aquella mujer que amé. Que amé. Que probablemente me amó también. Pero pensar en ella me hace sentir enormemente triste. Enormemente fracasado. Éste es el ejemplo del mayor fracaso. Del fracaso de no vivir. De no animarse a vivir. Recuerdo como música de violines cuando nos entregábamos en besos. Infinitos besos detrás de su alma, al costado de sus sueños. Besos que acariciaban su manera sutil de quererme. A veces me quería y yo también la quería. Nos queríamos de esa manera extraña que hay en la vida de comprenderse uno al otro. De mirarse y de luego de un tiempo de conversación irse a dormir. Irse a la cama. Esa cama que se solidarizaba con nuestros cuerpos desnudos mordiendo sombras, recorriendo lagos, caminando por montañas, por fríos y densos espejos. Por tu cuerpo de golondrina. Por tu alma de virgen que ha conocido el amor en otras almas. En otros cuerpos. En otros sueños. Me dejaba morir y me dejaba vivir en ese instante. En ese preciso instante en que todos nos amoldamos a vivir sin sentir. Ella me quería y yo a veces también la quería, se me viene a la memoria esta frase de Neruda, que

tantas veces leí. Nos queríamos y nos entregábamos a ser lo que éramos o fuimos. Tan ajenos para otros, tan cercanos entre nosotros. Tan sueños pálidos. Tan sueños tensos.

Mañana viene mi madre a la visita. Y probablemente nunca verá estos papeles, estos papeles que escribo de manera automática, sentado en esa cama que me hace doler la espalda. En estos papeles que quiero conservar para que cuando salga de aquí pueda quemar sin el mayor temor. Sin el mayor temor.

Porque hice eso no lo sé. No lo sé. Y cómo se acumulan estos papeles. Parvas de papeles. Sin saber para qué sirven.

ENTRE EL ENCIERRO Y LOS RECUERDOS

Es de noche y no sé qué hacer, ando en este encierro sin saber por dónde moverme. Me siento como asfixiado. Me siento dolorido. Me siento muy triste también. Cada segundo es un año. No tengo dimensión del tiempo. Todo es igual. Todo es lo mismo.

Siempre que llega la noche no sé por qué en mí se acomodan imágenes de mi pasado que siempre fue mejor. Siempre mejor que este atroz encierro. Mañana puede ser un día distinto porque viene mi vieja. Viene desde lejos.

Este cuarto tan pequeño, mi cama radicada en la soledad del espacio en que se conforma. No puedo seguir viviendo así. Pero no sé vivir de otra manera desde que entré a este sitio que es la muerte misma.

Mi vieja llora cada vez que me ve en este lugar. Me mira y no dice nada. Sólo dice que me cuide. Sí... que me cuide. Pero a mi corazón, quién lo cuida en este lugar. Quién lo cuida. A veces pienso que nadie. Llega la noche. Llega y miro por la reja. Miro por la ventana que me separa del aire. Del frío de la noche, esta noche que está nublada. Noche nublada que no me deja ver la luna. Sí... la luna. Pensarán que soy un idiota por pensar en la luna. Pero me relaja verla a través de la ventana. A través de esa minúscula ventana.

La vieja mañana viene a la visita. Hace dos años que no la veo. La veo muy poco. Muy poco. Mañana viene y juro que estoy absolutamente nervioso. Siempre que viene mi vieja me pongo así. No me pasa lo mismo cuando ha venido alguno de mis hermanos. Este lugar no es para mi vieja. No lo es. Ella siempre sale de aquí deprimida y sin ganas de nada. Lo sé a ciencia cierta por mi hermano Pedro, que con quien me carteo más, bah... a decir verdad, es el único que me escribe. Ocasionalmente me ha visitado o escrito mi otro hermano, o algún amigo. Ésta es una vida de soledad y encierro, que no se la deseo a nadie. A nadie.

A mi vieja le digo que no venga, que no venga. Lo mismo le digo a mi padre... él así lo ha hecho, no ha venido más. Ella no se merece verme aquí. Pero viene y me dan muchas ganas de verla. Aunque la quiero ver, siempre prefiero que no venga. Pero no me puedo negar a que venga.

La vieja, sí mi vieja querida... mañana viene a la visita. Ella sabe que este lugar es muy oscuro. Muy oscuro. Tengo demasiada tristeza por el tiempo enorme que llevo aquí. Mucha tristeza. Las fotos que me envían están dispersas en toda la cama. Ella sabe que a cada foto la miro como si nunca hubiera pasado nada. Pero pasó tanto. Pasó tanto. Miro las fotos con un detenimiento incalculable. Puedo estar dos horas viendo una foto. Dos horas, con la espalda arqueada como si estuviera en penitencia.

Por eso, debo dejar de pensar, y ahora, que se me vienen estas miles de imágenes, dejar de recordar, cómo fue que maté a Alfredo. Si lo maté a Alfredo, fue sin querer. Como siempre suceden estas desgraciadas situaciones. Malditas sean estas situaciones que hacen que yo esté aquí y el mundo en otro lado. Al otro lado de estas altas paredes está el mundo.

Parece que octubre siempre fue un mes de mala suerte y de desdichas. En octubre del año anterior me alejé de la que era mi querida novia de la adolescencia. En octubre también, de ese mismo

año tuve el accidente con la moto, seis puntos en la cabeza y una pierna quebrada. Bah... que sé yo, la verdad que no sé qué pensar. Lo único que sé es que ese octubre hace años atrás, era una tarde tranquila. No había sido un día caluroso, apenas los árboles se movían con el viento que corría. Era una brisa fresca, lo recuerdo, parece que fue ayer. Luego de ir a esa casa fastuosa de la esquina, luego de escuchar esos horribles alaridos y gritos, como si golpearan a alguien.

Y veo que era Alfredo, era una especie de amigo bonachón que tenía, estaba sacado, golpeando a su novia, pero debí tocar el timbre de la casa, a lo mejor, con el ruido se percataba de que era escuchado. Pero al entrar, se me vino como una fiera, y lo golpeé con lo primero que agarré, y para desgracia de él y mía, fue con el fierro de atizar el fuego de la hermosa estufa de la casa. Del golpe no sobrevivió, cayó de espalda y cayó sobre la mesa de vidrio, destrozándola y cortándose no sé qué arteria que lo mató casi instantáneamente.

La justicia fue contra mí. Aquí estoy encerrado en este lugar, solo y cada día con una tristeza de morir. Cada día. No me doy cuenta que de todo, nada ha cambiado... nada ha cambiado.

Debí pensar antes de golpearlo. Pero cómo pensar. Fue pura reacción. Una reacción que destrozó no sólo mi vida, si no la vida de Alfredo. Los dos perdimos la vida. No hay derecho a perder la vida como la estoy perdiendo yo. Y yo no tenía ningún derecho a quitarle la vida como se la quité a él. Cada vez que pienso en esto me pongo igual. Sí, nervioso. Sí, nervioso y angustiado porque mañana viene mi vieja a la visita.

Sí. Mañana viene la vieja a la visita, a esta inmundada visita de este inmundo lugar. Sólo ese hecho me llena el corazón de tantas sensaciones raras. Sensaciones encontradas. Sensaciones que no sé cómo asumirlas.

Pero verla a la vieja es un nuevo reflejo de luz para esta oscuridad. Es un haz de luz. Cada vez que viene, después lloro a lágrima rota cuando ya se ha ido al final del día. Es como si el tiempo se detuviera. Se detuviera para castigarme. Para golpearme como el cana que ha agarrado esa maldita puta costumbre. Hundir sus puños en mi estómago. Golpear mi rostro con un golpe seco pero que duele. Siempre duele.

Mañana viene a visitarme y tengo la boca hinchada, no me duele mucho, pero se nota el moretón. Como siempre ella se va a preocupar, y me va a decir que no me meta en problemas, ella cree y con razón que me van a matar aquí. Cree que me van a matar. A veces todo es posible. Todo. En este lugar, de todas maneras, los muertos no valen nada. Como tampoco vale la vida. Es lo peor. Es lo más parecido al desagüe de una cloaca que saca los desechos de la hermosa casa. El mundo es la casa. Nosotros somos el desagüe.

Mañana viene la vieja.... Viene la vieja... viene... no sé por qué me pongo así. No lo sé. Ella sí sabe hacerme sentir así. Ella sí. Sabe todo de mí. Y yo de ella sé tan poco. Yo pensaba que nadie me iba extrañar. Sabía que mi vieja no sufriría ninguna pesadilla por mí. Sin embargo sufre. Sufre mucho. No le gusta verme aquí. A mí tampoco me gusta. No era lo que había elegido para mi vida. No era. No.

Mañana viene mi viejita querida. Mi viejita... viene a este lugar de mierda. Ojalá que no venga más. Ojalá. No me gusta que sufra. Pero me gusta verla aunque sea aquí. La quiero tanto. Ella sufre tanto por mí. Sufre. Pobre corazón por los desechos del alma. Pobre mi coraza que me armé para no llorar. Pero lloro. Con cada carta que llega, lloro. Sí como un niño. Sí... sí. Tristeza de mi alma. Tristeza de su alma.

Porque no pensé lo que hacía. Porque no lo pensé. Es que me salió una maldad de adentro... No pude detenerme. Después era tarde. Muy tarde. Tarde.

Mi vieja viene a la visita. Viene, esta es la séptima vez que viene a este lugar en los cuatro años que llevo aquí. Vive lejos. Cuesta muy caro llegar a este lugar. Es muy costoso. Me fui tan lejos de la casa paterna y materna, para equivocarme tan fiero. Tan fiero. Tan feo.

Miro hacia atrás y hay de todo menos esperanza de futuro. Construí mi futuro de la mano de la tristeza. De la tristeza amarga. De la amarga tristeza. Pero bueno siempre seguí adelante hasta que no pude seguir más. Hasta que las paredes se hicieron muy altas. Muy altas. Paredones que me separan del viento frío de la calle San Martín.

Mi vieja viene a la visita. Y ese pensamiento es tan redundante en mí. Sí, es muy redundante en mí. Pura nostalgia. Pura noche de fantasías opuestas a la que nos ha dado la vida. Sí, la vida. No puedo más. Viene a visitarme el ser más querido en esta tierra y no sé qué hacer. La noche es muy larga. Será muy larga. Muy larga.

No sé por dónde seguir. Mis pensamientos no me conducen a nada. A una verborragia de ideas descabelladas. De ideas de pura tristeza, de puras nostalgias. Antes de la prisión, la libertad era esa manera rara de salir a caminar por la antigua plaza. Como si caminar en este momento significara la vida misma. Caminar varias cuadras. Significa tanto para mí. Falta tanto para que salga de este lugar, para salir a caminar por las inmensas cuadras de esta ciudad. Viejas cuadras y largas, con semáforos rotos. Veredas angostas. Ciudad pensada para quedarse entre sus esferas de la realidad.

Estoy a muy pocas horas de que venga la viejita a este lugar... que venga esta visita, que me visite en este lugar, y que estos dueños de la libertad le permitan pasar. Seguro que sí. Que sí va entrar. Me afeitaré para que me vea de una manera diferente. Para que me vea de otro color. Para que me vea presentable. Pero qué sentido tienen todo esto. No lo sé. Ella no lo sabe. Pero sí sabe que me quiere ver mejor. Por eso me afeitare esta misma noche antes de que corten la luz, antes de que este lugar quede a oscuras. En la absoluta oscuridad sólo ruidos a los lejos. Ruidos de quejidos por golpes y de perros a lo lejos. Sólo a lo lejos esos ruidos. Ella sabe que es así. Ella sabe que mi libertad es tan obtusa. Tan provista de diccionarios. Tan provista de puertas que se cierran y no te dejan entrar a ningún lado. A ningún lado.

Mañana viene la vieja a la visita. Pero tampoco puedo dejar de pensar en aquella mujer que amé. Que amé. Que probablemente me amó también. Pero pensar en ella me hace sentir enormemente triste. Enormemente fracasado. Éste es el ejemplo del mayor fracaso. Del fracaso de no vivir. De no animarse a vivir. Recuerdo como música de violines cuando nos entregábamos en besos. Infinitos besos detrás de su alma, al costado de sus sueños. Besos que acariciaban su manera sutil de quererme. A veces me quería y yo también la quería. Nos queríamos de esa manera extraña que hay en la vida de comprenderse uno al otro. De mirarse y de luego de un tiempo de conversación irse a dormir. Irse a la cama. Esa cama que se solidarizaba con nuestros cuerpos desnudos mordiendo sombras, recorriendo lagos, caminando por montañas, por fríos y densos espejos. Por tu cuerpo de golondrina. Por tu alma de virgen que ha conocido el amor en otras almas. En otros cuerpos. En otros sueños. Me dejaba morir y me dejaba vivir en ese instante. En ese preciso instante en que todos nos amoldamos a vivir sin sentir. Ella me quería y yo a veces también la quería, se me viene a la memoria esta frase de Neruda, que

tantas veces leí. Nos queríamos y nos entregábamos a ser lo que éramos o fuimos. Tan ajenos para otros, tan cercanos entre nosotros. Tan sueños pálidos. Tan sueños tensos.

Mañana viene mi madre a la visita. Y probablemente nunca verá estos papeles, estos papeles que escribo de manera automática, sentado en esa cama que me hace doler la espalda. En estos papeles que quiero conservar para que cuando salga de aquí pueda quemar sin el mayor temor. Sin el mayor temor.

Porque hice eso no lo sé. No lo sé. Y cómo se acumulan estos papeles. Parvas de papeles. Sin saber para qué sirven.

ENTRE EL ENCIERRO Y LOS RECUERDOS

Es de noche y no sé qué hacer, ando en este encierro sin saber por dónde moverme. Me siento como asfixiado. Me siento dolorido. Me siento muy triste también. Cada segundo es un año. No tengo dimensión del tiempo. Todo es igual. Todo es lo mismo.

Siempre que llega la noche no sé por qué en mí se acomodan imágenes de mi pasado que siempre fue mejor. Siempre mejor que este atroz encierro. Mañana puede ser un día distinto porque viene mi vieja. Viene desde lejos.

Este cuarto tan pequeño, mi cama radicada en la soledad del espacio en que se conforma. No puedo seguir viviendo así. Pero no sé vivir de otra manera desde que entré a este sitio que es la muerte misma.

Mi vieja llora cada vez que me ve en este lugar. Me mira y no dice nada. Sólo dice que me cuide. Sí... que me cuide. Pero a mi corazón, quién lo cuida en este lugar. Quién lo cuida. A veces pienso que nadie. Llega la noche. Llega y miro por la reja. Miro por la ventana que me separa del aire. Del frío de la noche, esta noche que está nublada. Noche nublada que no me deja ver la luna. Sí... la luna. Pensarán que soy un idiota por pensar en la luna. Pero me relaja verla a través de la ventana. A través de esa minúscula ventana.

La vieja mañana viene a la visita. Hace dos años que no la veo. La veo muy poco. Muy poco. Mañana viene y juro que estoy absolutamente nervioso. Siempre que viene mi vieja me pongo así. No me pasa lo mismo cuando ha venido alguno de mis hermanos. Este lugar no es para mi vieja. No lo es. Ella siempre sale de aquí deprimida y sin ganas de nada. Lo sé a ciencia cierta por mi hermano Pedro, que con quien me carteo más, bah... a decir verdad, es el único que me escribe. Ocasionalmente me ha visitado o escrito mi otro hermano, o algún amigo. Ésta es una vida de soledad y encierro, que no se la deseo a nadie. A nadie.

A mi vieja le digo que no venga, que no venga. Lo mismo le digo a mi padre... él así lo ha hecho, no ha venido más. Ella no se merece verme aquí. Pero viene y me dan muchas ganas de verla. Aunque la quiero ver, siempre prefiero que no venga. Pero no me puedo negar a que venga.

La vieja, sí mi vieja querida... mañana viene a la visita. Ella sabe que este lugar es muy oscuro. Muy oscuro. Tengo demasiada tristeza por el tiempo enorme que llevo aquí. Mucha tristeza. Las fotos que me envían están dispersas en toda la cama. Ella sabe que a cada foto la miro como si nunca hubiera pasado nada. Pero pasó tanto. Pasó tanto. Miro las fotos con un detenimiento incalculable. Puedo estar dos horas viendo una foto. Dos horas, con la espalda arqueada como si estuviera en penitencia.

Por eso, debo dejar de pensar, y ahora, que se me vienen estas miles de imágenes, dejar de recordar, cómo fue que maté a Alfredo. Si lo maté a Alfredo, fue sin querer. Como siempre suceden estas desgraciadas situaciones. Malditas sean estas situaciones que hacen que yo esté aquí y el mundo en otro lado. Al otro lado de estas altas paredes está el mundo.

Parece que octubre siempre fue un mes de mala suerte y de desdichas. En octubre del año anterior me alejé de la que era mi querida novia de la adolescencia. En octubre también, de ese mismo

año tuve el accidente con la moto, seis puntos en la cabeza y una pierna quebrada. Bah... que sé yo, la verdad que no sé qué pensar. Lo único que sé es que ese octubre hace años atrás, era una tarde tranquila. No había sido un día caluroso, apenas los árboles se movían con el viento que corría. Era una brisa fresca, lo recuerdo, parece que fue ayer. Luego de ir a esa casa fastuosa de la esquina, luego de escuchar esos horribles alaridos y gritos, como si golpearan a alguien.

Y veo que era Alfredo, era una especie de amigo bonachón que tenía, estaba sacado, golpeando a su novia, pero debí tocar el timbre de la casa, a lo mejor, con el ruido se percataba de que era escuchado. Pero al entrar, se me vino como una fiera, y lo golpeé con lo primero que agarré, y para desgracia de él y mía, fue con el fierro de atizar el fuego de la hermosa estufa de la casa. Del golpe no sobrevivió, cayó de espalda y cayó sobre la mesa de vidrio, destrozándola y cortándose no sé qué arteria que lo mató casi instantáneamente.

La justicia fue contra mí. Aquí estoy encerrado en este lugar, solo y cada día con una tristeza de morir. Cada día. No me doy cuenta que de todo, nada ha cambiado... nada ha cambiado.

Debí pensar antes de golpearlo. Pero cómo pensar. Fue pura reacción. Una reacción que destrozó no sólo mi vida, si no la vida de Alfredo. Los dos perdimos la vida. No hay derecho a perder la vida como la estoy perdiendo yo. Y yo no tenía ningún derecho a quitarle la vida como se la quité a él. Cada vez que pienso en esto me pongo igual. Sí, nervioso. Sí, nervioso y angustiado porque mañana viene mi vieja a la visita.

Sí. Mañana viene la vieja a la visita, a esta inmundada visita de este inmundo lugar. Sólo ese hecho me llena el corazón de tantas sensaciones raras. Sensaciones encontradas. Sensaciones que no sé cómo asumirlas.

Pero verla a la vieja es un nuevo reflejo de luz para esta oscuridad. Es un haz de luz. Cada vez que viene, después lloro a lágrima rota cuando ya se ha ido al final del día. Es como si el tiempo se detuviera. Se detuviera para castigarme. Para golpearme como el cana que ha agarrado esa maldita puta costumbre. Hundir sus puños en mi estómago. Golpear mi rostro con un golpe seco pero que duele. Siempre duele.

Mañana viene a visitarme y tengo la boca hinchada, no me duele mucho, pero se nota el moretón. Como siempre ella se va a preocupar, y me va a decir que no me meta en problemas, ella cree y con razón que me van a matar aquí. Cree que me van a matar. A veces todo es posible. Todo. En este lugar, de todas maneras, los muertos no valen nada. Como tampoco vale la vida. Es lo peor. Es lo más parecido al desagüe de una cloaca que saca los desechos de la hermosa casa. El mundo es la casa. Nosotros somos el desagüe.

Mañana viene la vieja.... Viene la vieja... viene... no sé por qué me pongo así. No lo sé. Ella sí sabe hacerme sentir así. Ella sí. Sabe todo de mí. Y yo de ella sé tan poco. Yo pensaba que nadie me iba extrañar. Sabía que mi vieja no sufriría ninguna pesadilla por mí. Sin embargo sufre. Sufre mucho. No le gusta verme aquí. A mí tampoco me gusta. No era lo que había elegido para mi vida. No era. No.

Mañana viene mi viejita querida. Mi viejita... viene a este lugar de mierda. Ojalá que no venga más. Ojalá. No me gusta que sufra. Pero me gusta verla aunque sea aquí. La quiero tanto. Ella sufre tanto por mí. Sufre. Pobre corazón por los desechos del alma. Pobre mi coraza que me armé para no llorar. Pero lloro. Con cada carta que llega, lloro. Sí como un niño. Sí... sí. Tristeza de mi alma. Tristeza de su alma.

Porque no pensé lo que hacía. Porque no lo pensé. Es que me salió una maldad de adentro... No pude detenerme. Después era tarde. Muy tarde. Tarde.

Mi vieja viene a la visita. Viene, esta es la séptima vez que viene a este lugar en los cuatro años que llevo aquí. Vive lejos. Cuesta muy caro llegar a este lugar. Es muy costoso. Me fui tan lejos de la casa paterna y materna, para equivocarme tan fiero. Tan fiero. Tan feo.

Miro hacia atrás y hay de todo menos esperanza de futuro. Construí mi futuro de la mano de la tristeza. De la tristeza amarga. De la amarga tristeza. Pero bueno siempre seguí adelante hasta que no pude seguir más. Hasta que las paredes se hicieron muy altas. Muy altas. Paredones que me separan del viento frío de la calle San Martín.

Mi vieja viene a la visita. Y ese pensamiento es tan redundante en mí. Sí, es muy redundante en mí. Pura nostalgia. Pura noche de fantasías opuestas a la que nos ha dado la vida. Sí, la vida. No puedo más. Viene a visitarme el ser más querido en esta tierra y no sé qué hacer. La noche es muy larga. Será muy larga. Muy larga.

No sé por dónde seguir. Mis pensamientos no me conducen a nada. A una verborragia de ideas descabelladas. De ideas de pura tristeza, de puras nostalgias. Antes de la prisión, la libertad era esa manera rara de salir a caminar por la antigua plaza. Como si caminar en este momento significara la vida misma. Caminar varias cuadras. Significa tanto para mí. Falta tanto para que salga de este lugar, para salir a caminar por las inmensas cuadras de esta ciudad. Viejas cuadras y largas, con semáforos rotos. Veredas angostas. Ciudad pensada para quedarse entre sus esferas de la realidad.

Estoy a muy pocas horas de que venga la viejita a este lugar... que venga esta visita, que me visite en este lugar, y que estos dueños de la libertad le permitan pasar. Seguro que sí. Que sí va entrar. Me afeitaré para que me vea de una manera diferente. Para que me vea de otro color. Para que me vea presentable. Pero qué sentido tienen todo esto. No lo sé. Ella no lo sabe. Pero sí sabe que me quiere ver mejor. Por eso me afeitare esta misma noche antes de que corten la luz, antes de que este lugar quede a oscuras. En la absoluta oscuridad sólo ruidos a los lejos. Ruidos de quejidos por golpes y de perros a lo lejos. Sólo a lo lejos esos ruidos. Ella sabe que es así. Ella sabe que mi libertad es tan obtusa. Tan provista de diccionarios. Tan provista de puertas que se cierran y no te dejan entrar a ningún lado. A ningún lado.

Mañana viene la vieja a la visita. Pero tampoco puedo dejar de pensar en aquella mujer que amé. Que amé. Que probablemente me amó también. Pero pensar en ella me hace sentir enormemente triste. Enormemente fracasado. Éste es el ejemplo del mayor fracaso. Del fracaso de no vivir. De no animarse a vivir. Recuerdo como música de violines cuando nos entregábamos en besos. Infinitos besos detrás de su alma, al costado de sus sueños. Besos que acariciaban su manera sutil de quererme. A veces me quería y yo también la quería. Nos queríamos de esa manera extraña que hay en la vida de comprenderse uno al otro. De mirarse y de luego de un tiempo de conversación irse a dormir. Irse a la cama. Esa cama que se solidarizaba con nuestros cuerpos desnudos mordiendo sombras, recorriendo lagos, caminando por montañas, por fríos y densos espejos. Por tu cuerpo de golondrina. Por tu alma de virgen que ha conocido el amor en otras almas. En otros cuerpos. En otros sueños. Me dejaba morir y me dejaba vivir en ese instante. En ese preciso instante en que todos nos amoldamos a vivir sin sentir. Ella me quería y yo a veces también la quería, se me viene a la memoria esta frase de Neruda, que

tantas veces leí. Nos queríamos y nos entregábamos a ser lo que éramos o fuimos. Tan ajenos para otros, tan cercanos entre nosotros. Tan sueños pálidos. Tan sueños tensos.

Mañana viene mi madre a la visita. Y probablemente nunca verá estos papeles, estos papeles que escribo de manera automática, sentado en esa cama que me hace doler la espalda. En estos papeles que quiero conservar para que cuando salga de aquí pueda quemar sin el mayor temor. Sin el mayor temor.

Porque hice eso no lo sé. No lo sé. Y cómo se acumulan estos papeles. Parvas de papeles. Sin saber para qué sirven.

ENTRE EL ENCIERRO Y LOS RECUERDOS

Es de noche y no sé qué hacer, ando en este encierro sin saber por dónde moverme. Me siento como asfixiado. Me siento dolorido. Me siento muy triste también. Cada segundo es un año. No tengo dimensión del tiempo. Todo es igual. Todo es lo mismo.

Siempre que llega la noche no sé por qué en mí se acomodan imágenes de mi pasado que siempre fue mejor. Siempre mejor que este atroz encierro. Mañana puede ser un día distinto porque viene mi vieja. Viene desde lejos.

Este cuarto tan pequeño, mi cama radicada en la soledad del espacio en que se conforma. No puedo seguir viviendo así. Pero no sé vivir de otra manera desde que entré a este sitio que es la muerte misma.

Mi vieja llora cada vez que me ve en este lugar. Me mira y no dice nada. Sólo dice que me cuide. Sí... que me cuide. Pero a mi corazón, quién lo cuida en este lugar. Quién lo cuida. A veces pienso que nadie. Llega la noche. Llega y miro por la reja. Miro por la ventana que me separa del aire. Del frío de la noche, esta noche que está nublada. Noche nublada que no me deja ver la luna. Sí... la luna. Pensarán que soy un idiota por pensar en la luna. Pero me relaja verla a través de la ventana. A través de esa minúscula ventana.

La vieja mañana viene a la visita. Hace dos años que no la veo. La veo muy poco. Muy poco. Mañana viene y juro que estoy absolutamente nervioso. Siempre que viene mi vieja me pongo así. No me pasa lo mismo cuando ha venido alguno de mis hermanos. Este lugar no es para mi vieja. No lo es. Ella siempre sale de aquí deprimida y sin ganas de nada. Lo sé a ciencia cierta por mi hermano Pedro, que con quien me carteo más, bah... a decir verdad, es el único que me escribe. Ocasionalmente me ha visitado o escrito mi otro hermano, o algún amigo. Ésta es una vida de soledad y encierro, que no se la deseo a nadie. A nadie.

A mi vieja le digo que no venga, que no venga. Lo mismo le digo a mi padre... él así lo ha hecho, no ha venido más. Ella no se merece verme aquí. Pero viene y me dan muchas ganas de verla. Aunque la quiero ver, siempre prefiero que no venga. Pero no me puedo negar a que venga.

La vieja, sí mi vieja querida... mañana viene a la visita. Ella sabe que este lugar es muy oscuro. Muy oscuro. Tengo demasiada tristeza por el tiempo enorme que llevo aquí. Mucha tristeza. Las fotos que me envían están dispersas en toda la cama. Ella sabe que a cada foto la miro como si nunca hubiera pasado nada. Pero pasó tanto. Pasó tanto. Miro las fotos con un detenimiento incalculable. Puedo estar dos horas viendo una foto. Dos horas, con la espalda arqueada como si estuviera en penitencia.

Por eso, debo dejar de pensar, y ahora, que se me vienen estas miles de imágenes, dejar de recordar, cómo fue que maté a Alfredo. Si lo maté a Alfredo, fue sin querer. Como siempre suceden estas desgraciadas situaciones. Malditas sean estas situaciones que hacen que yo esté aquí y el mundo en otro lado. Al otro lado de estas altas paredes está el mundo.

Parece que octubre siempre fue un mes de mala suerte y de desdichas. En octubre del año anterior me alejé de la que era mi querida novia de la adolescencia. En octubre también, de ese mismo

año tuve el accidente con la moto, seis puntos en la cabeza y una pierna quebrada. Bah... que sé yo, la verdad que no sé qué pensar. Lo único que sé es que ese octubre hace años atrás, era una tarde tranquila. No había sido un día caluroso, apenas los árboles se movían con el viento que corría. Era una brisa fresca, lo recuerdo, parece que fue ayer. Luego de ir a esa casa fastuosa de la esquina, luego de escuchar esos horribles alaridos y gritos, como si golpearan a alguien.

Y veo que era Alfredo, era una especie de amigo bonachón que tenía, estaba sacado, golpeando a su novia, pero debí tocar el timbre de la casa, a lo mejor, con el ruido se percataba de que era escuchado. Pero al entrar, se me vino como una fiera, y lo golpeé con lo primero que agarré, y para desgracia de él y mía, fue con el fierro de atizar el fuego de la hermosa estufa de la casa. Del golpe no sobrevivió, cayó de espalda y cayó sobre la mesa de vidrio, destrozándola y cortándose no sé qué arteria que lo mató casi instantáneamente.

La justicia fue contra mí. Aquí estoy encerrado en este lugar, solo y cada día con una tristeza de morir. Cada día. No me doy cuenta que de todo, nada ha cambiado... nada ha cambiado.

Debí pensar antes de golpearlo. Pero cómo pensar. Fue pura reacción. Una reacción que destrozó no sólo mi vida, si no la vida de Alfredo. Los dos perdimos la vida. No hay derecho a perder la vida como la estoy perdiendo yo. Y yo no tenía ningún derecho a quitarle la vida como se la quité a él. Cada vez que pienso en esto me pongo igual. Sí, nervioso. Sí, nervioso y angustiado porque mañana viene mi vieja a la visita.

Sí. Mañana viene la vieja a la visita, a esta inmundada visita de este inmundo lugar. Sólo ese hecho me llena el corazón de tantas sensaciones raras. Sensaciones encontradas. Sensaciones que no sé cómo asumirlas.

Pero verla a la vieja es un nuevo reflejo de luz para esta oscuridad. Es un haz de luz. Cada vez que viene, después lloro a lágrima rota cuando ya se ha ido al final del día. Es como si el tiempo se detuviera. Se detuviera para castigarme. Para golpearme como el cana que ha agarrado esa maldita puta costumbre. Hundir sus puños en mi estómago. Golpear mi rostro con un golpe seco pero que duele. Siempre duele.

Mañana viene a visitarme y tengo la boca hinchada, no me duele mucho, pero se nota el moretón. Como siempre ella se va a preocupar, y me va a decir que no me meta en problemas, ella cree y con razón que me van a matar aquí. Cree que me van a matar. A veces todo es posible. Todo. En este lugar, de todas maneras, los muertos no valen nada. Como tampoco vale la vida. Es lo peor. Es lo más parecido al desagüe de una cloaca que saca los desechos de la hermosa casa. El mundo es la casa. Nosotros somos el desagüe.

Mañana viene la vieja.... Viene la vieja... viene... no sé por qué me pongo así. No lo sé. Ella sí sabe hacerme sentir así. Ella sí. Sabe todo de mí. Y yo de ella sé tan poco. Yo pensaba que nadie me iba extrañar. Sabía que mi vieja no sufriría ninguna pesadilla por mí. Sin embargo sufre. Sufre mucho. No le gusta verme aquí. A mí tampoco me gusta. No era lo que había elegido para mi vida. No era. No.

Mañana viene mi viejita querida. Mi viejita... viene a este lugar de mierda. Ojalá que no venga más. Ojalá. No me gusta que sufra. Pero me gusta verla aunque sea aquí. La quiero tanto. Ella sufre tanto por mí. Sufre. Pobre corazón por los desechos del alma. Pobre mi coraza que me armé para no llorar. Pero lloro. Con cada carta que llega, lloro. Sí como un niño. Sí... sí. Tristeza de mi alma. Tristeza de su alma.

Porque no pensé lo que hacía. Porque no lo pensé. Es que me salió una maldad de adentro... No pude detenerme. Después era tarde. Muy tarde. Tarde.

Mi vieja viene a la visita. Viene, esta es la séptima vez que viene a este lugar en los cuatro años que llevo aquí. Vive lejos. Cuesta muy caro llegar a este lugar. Es muy costoso. Me fui tan lejos de la casa paterna y materna, para equivocarme tan fiero. Tan fiero. Tan feo.

Miro hacia atrás y hay de todo menos esperanza de futuro. Construí mi futuro de la mano de la tristeza. De la tristeza amarga. De la amarga tristeza. Pero bueno siempre seguí adelante hasta que no pude seguir más. Hasta que las paredes se hicieron muy altas. Muy altas. Paredones que me separan del viento frío de la calle San Martín.

Mi vieja viene a la visita. Y ese pensamiento es tan redundante en mí. Sí, es muy redundante en mí. Pura nostalgia. Pura noche de fantasías opuestas a la que nos ha dado la vida. Sí, la vida. No puedo más. Viene a visitarme el ser más querido en esta tierra y no sé qué hacer. La noche es muy larga. Será muy larga. Muy larga.

No sé por dónde seguir. Mis pensamientos no me conducen a nada. A una verborragia de ideas descabelladas. De ideas de pura tristeza, de puras nostalgias. Antes de la prisión, la libertad era esa manera rara de salir a caminar por la antigua plaza. Como si caminar en este momento significara la vida misma. Caminar varias cuadras. Significa tanto para mí. Falta tanto para que salga de este lugar, para salir a caminar por las inmensas cuadras de esta ciudad. Viejas cuadras y largas, con semáforos rotos. Veredas angostas. Ciudad pensada para quedarse entre sus esferas de la realidad.

Estoy a muy pocas horas de que venga la viejita a este lugar... que venga esta visita, que me visite en este lugar, y que estos dueños de la libertad le permitan pasar. Seguro que sí. Que sí va entrar. Me afeitaré para que me vea de una manera diferente. Para que me vea de otro color. Para que me vea presentable. Pero qué sentido tienen todo esto. No lo sé. Ella no lo sabe. Pero sí sabe que me quiere ver mejor. Por eso me afeitare esta misma noche antes de que corten la luz, antes de que este lugar quede a oscuras. En la absoluta oscuridad sólo ruidos a los lejos. Ruidos de quejidos por golpes y de perros a lo lejos. Sólo a lo lejos esos ruidos. Ella sabe que es así. Ella sabe que mi libertad es tan obtusa. Tan provista de diccionarios. Tan provista de puertas que se cierran y no te dejan entrar a ningún lado. A ningún lado.

Mañana viene la vieja a la visita. Pero tampoco puedo dejar de pensar en aquella mujer que amé. Que amé. Que probablemente me amó también. Pero pensar en ella me hace sentir enormemente triste. Enormemente fracasado. Éste es el ejemplo del mayor fracaso. Del fracaso de no vivir. De no animarse a vivir. Recuerdo como música de violines cuando nos entregábamos en besos. Infinitos besos detrás de su alma, al costado de sus sueños. Besos que acariciaban su manera sutil de quererme. A veces me quería y yo también la quería. Nos queríamos de esa manera extraña que hay en la vida de comprenderse uno al otro. De mirarse y de luego de un tiempo de conversación irse a dormir. Irse a la cama. Esa cama que se solidarizaba con nuestros cuerpos desnudos mordiendo sombras, recorriendo lagos, caminando por montañas, por fríos y densos espejos. Por tu cuerpo de golondrina. Por tu alma de virgen que ha conocido el amor en otras almas. En otros cuerpos. En otros sueños. Me dejaba morir y me dejaba vivir en ese instante. En ese preciso instante en que todos nos amoldamos a vivir sin sentir. Ella me quería y yo a veces también la quería, se me viene a la memoria esta frase de Neruda, que

tantas veces leí. Nos queríamos y nos entregábamos a ser lo que éramos o fuimos. Tan ajenos para otros, tan cercanos entre nosotros. Tan sueños pálidos. Tan sueños tensos.

Mañana viene mi madre a la visita. Y probablemente nunca verá estos papeles, estos papeles que escribo de manera automática, sentado en esa cama que me hace doler la espalda. En estos papeles que quiero conservar para que cuando salga de aquí pueda quemar sin el mayor temor. Sin el mayor temor.

Porque hice eso no lo sé. No lo sé. Y cómo se acumulan estos papeles. Parvas de papeles. Sin saber para qué sirven.

ENTRE EL ENCIERRO Y LOS RECUERDOS

Es de noche y no sé qué hacer, ando en este encierro sin saber por dónde moverme. Me siento como asfixiado. Me siento dolorido. Me siento muy triste también. Cada segundo es un año. No tengo dimensión del tiempo. Todo es igual. Todo es lo mismo.

Siempre que llega la noche no sé por qué en mí se acomodan imágenes de mi pasado que siempre fue mejor. Siempre mejor que este atroz encierro. Mañana puede ser un día distinto porque viene mi vieja. Viene desde lejos.

Este cuarto tan pequeño, mi cama radicada en la soledad del espacio en que se conforma. No puedo seguir viviendo así. Pero no sé vivir de otra manera desde que entré a este sitio que es la muerte misma.

Mi vieja llora cada vez que me ve en este lugar. Me mira y no dice nada. Sólo dice que me cuide. Sí... que me cuide. Pero a mi corazón, quién lo cuida en este lugar. Quién lo cuida. A veces pienso que nadie. Llega la noche. Llega y miro por la reja. Miro por la ventana que me separa del aire. Del frío de la noche, esta noche que está nublada. Noche nublada que no me deja ver la luna. Sí... la luna. Pensarán que soy un idiota por pensar en la luna. Pero me relaja verla a través de la ventana. A través de esa minúscula ventana.

La vieja mañana viene a la visita. Hace dos años que no la veo. La veo muy poco. Muy poco. Mañana viene y juro que estoy absolutamente nervioso. Siempre que viene mi vieja me pongo así. No me pasa lo mismo cuando ha venido alguno de mis hermanos. Este lugar no es para mi vieja. No lo es. Ella siempre sale de aquí deprimida y sin ganas de nada. Lo sé a ciencia cierta por mi hermano Pedro, que con quien me carteo más, bah... a decir verdad, es el único que me escribe. Ocasionalmente me ha visitado o escrito mi otro hermano, o algún amigo. Ésta es una vida de soledad y encierro, que no se la deseo a nadie. A nadie.

A mi vieja le digo que no venga, que no venga. Lo mismo le digo a mi padre... él así lo ha hecho, no ha venido más. Ella no se merece verme aquí. Pero viene y me dan muchas ganas de verla. Aunque la quiero ver, siempre prefiero que no venga. Pero no me puedo negar a que venga.

La vieja, sí mi vieja querida... mañana viene a la visita. Ella sabe que este lugar es muy oscuro. Muy oscuro. Tengo demasiada tristeza por el tiempo enorme que llevo aquí. Mucha tristeza. Las fotos que me envían están dispersas en toda la cama. Ella sabe que a cada foto la miro como si nunca hubiera pasado nada. Pero pasó tanto. Pasó tanto. Miro las fotos con un detenimiento incalculable. Puedo estar dos horas viendo una foto. Dos horas, con la espalda arqueada como si estuviera en penitencia.

Por eso, debo dejar de pensar, y ahora, que se me vienen estas miles de imágenes, dejar de recordar, cómo fue que maté a Alfredo. Si lo maté a Alfredo, fue sin querer. Como siempre suceden estas desgraciadas situaciones. Malditas sean estas situaciones que hacen que yo esté aquí y el mundo en otro lado. Al otro lado de estas altas paredes está el mundo.

Parece que octubre siempre fue un mes de mala suerte y de desdichas. En octubre del año anterior me alejé de la que era mi querida novia de la adolescencia. En octubre también, de ese mismo

año tuve el accidente con la moto, seis puntos en la cabeza y una pierna quebrada. Bah... que sé yo, la verdad que no sé qué pensar. Lo único que sé es que ese octubre hace años atrás, era una tarde tranquila. No había sido un día caluroso, apenas los árboles se movían con el viento que corría. Era una brisa fresca, lo recuerdo, parece que fue ayer. Luego de ir a esa casa fastuosa de la esquina, luego de escuchar esos horribles alaridos y gritos, como si golpearan a alguien.

Y veo que era Alfredo, era una especie de amigo bonachón que tenía, estaba sacado, golpeando a su novia, pero debí tocar el timbre de la casa, a lo mejor, con el ruido se percataba de que era escuchado. Pero al entrar, se me vino como una fiera, y lo golpeé con lo primero que agarré, y para desgracia de él y mía, fue con el fierro de atizar el fuego de la hermosa estufa de la casa. Del golpe no sobrevivió, cayó de espalda y cayó sobre la mesa de vidrio, destrozándola y cortándose no sé qué arteria que lo mató casi instantáneamente.

La justicia fue contra mí. Aquí estoy encerrado en este lugar, solo y cada día con una tristeza de morir. Cada día. No me doy cuenta que de todo, nada ha cambiado... nada ha cambiado.

Debí pensar antes de golpearlo. Pero cómo pensar. Fue pura reacción. Una reacción que destrozó no sólo mi vida, si no la vida de Alfredo. Los dos perdimos la vida. No hay derecho a perder la vida como la estoy perdiendo yo. Y yo no tenía ningún derecho a quitarle la vida como se la quité a él. Cada vez que pienso en esto me pongo igual. Sí, nervioso. Sí, nervioso y angustiado porque mañana viene mi vieja a la visita.

Sí. Mañana viene la vieja a la visita, a esta inmundada visita de este inmundo lugar. Sólo ese hecho me llena el corazón de tantas sensaciones raras. Sensaciones encontradas. Sensaciones que no sé cómo asumirlas.

Pero verla a la vieja es un nuevo reflejo de luz para esta oscuridad. Es un haz de luz. Cada vez que viene, después lloro a lágrima rota cuando ya se ha ido al final del día. Es como si el tiempo se detuviera. Se detuviera para castigarme. Para golpearme como el cana que ha agarrado esa maldita puta costumbre. Hundir sus puños en mi estómago. Golpear mi rostro con un golpe seco pero que duele. Siempre duele.

Mañana viene a visitarme y tengo la boca hinchada, no me duele mucho, pero se nota el moretón. Como siempre ella se va a preocupar, y me va a decir que no me meta en problemas, ella cree y con razón que me van a matar aquí. Cree que me van a matar. A veces todo es posible. Todo. En este lugar, de todas maneras, los muertos no valen nada. Como tampoco vale la vida. Es lo peor. Es lo más parecido al desagüe de una cloaca que saca los desechos de la hermosa casa. El mundo es la casa. Nosotros somos el desagüe.

Mañana viene la vieja.... Viene la vieja... viene... no sé por qué me pongo así. No lo sé. Ella sí sabe hacerme sentir así. Ella sí. Sabe todo de mí. Y yo de ella sé tan poco. Yo pensaba que nadie me iba extrañar. Sabía que mi vieja no sufriría ninguna pesadilla por mí. Sin embargo sufre. Sufre mucho. No le gusta verme aquí. A mí tampoco me gusta. No era lo que había elegido para mi vida. No era. No.

Mañana viene mi viejita querida. Mi viejita... viene a este lugar de mierda. Ojalá que no venga más. Ojalá. No me gusta que sufra. Pero me gusta verla aunque sea aquí. La quiero tanto. Ella sufre tanto por mí. Sufre. Pobre corazón por los desechos del alma. Pobre mi coraza que me armé para no llorar. Pero lloro. Con cada carta que llega, lloro. Sí como un niño. Sí... sí. Tristeza de mi alma. Tristeza de su alma.

Porque no pensé lo que hacía. Porque no lo pensé. Es que me salió una maldad de adentro... No pude detenerme. Después era tarde. Muy tarde. Tarde.

Mi vieja viene a la visita. Viene, esta es la séptima vez que viene a este lugar en los cuatro años que llevo aquí. Vive lejos. Cuesta muy caro llegar a este lugar. Es muy costoso. Me fui tan lejos de la casa paterna y materna, para equivocarme tan fiero. Tan fiero. Tan feo.

Miro hacia atrás y hay de todo menos esperanza de futuro. Construí mi futuro de la mano de la tristeza. De la tristeza amarga. De la amarga tristeza. Pero bueno siempre seguí adelante hasta que no pude seguir más. Hasta que las paredes se hicieron muy altas. Muy altas. Paredones que me separan del viento frío de la calle San Martín.

Mi vieja viene a la visita. Y ese pensamiento es tan redundante en mí. Sí, es muy redundante en mí. Pura nostalgia. Pura noche de fantasías opuestas a la que nos ha dado la vida. Sí, la vida. No puedo más. Viene a visitarme el ser más querido en esta tierra y no sé qué hacer. La noche es muy larga. Será muy larga. Muy larga.

No sé por dónde seguir. Mis pensamientos no me conducen a nada. A una verborragia de ideas descabelladas. De ideas de pura tristeza, de puras nostalgias. Antes de la prisión, la libertad era esa manera rara de salir a caminar por la antigua plaza. Como si caminar en este momento significara la vida misma. Caminar varias cuadras. Significa tanto para mí. Falta tanto para que salga de este lugar, para salir a caminar por las inmensas cuadras de esta ciudad. Viejas cuadras y largas, con semáforos rotos. Veredas angostas. Ciudad pensada para quedarse entre sus esferas de la realidad.

Estoy a muy pocas horas de que venga la viejita a este lugar... que venga esta visita, que me visite en este lugar, y que estos dueños de la libertad le permitan pasar. Seguro que sí. Que sí va entrar. Me afeitaré para que me vea de una manera diferente. Para que me vea de otro color. Para que me vea presentable. Pero qué sentido tienen todo esto. No lo sé. Ella no lo sabe. Pero sí sabe que me quiere ver mejor. Por eso me afeitare esta misma noche antes de que corten la luz, antes de que este lugar quede a oscuras. En la absoluta oscuridad sólo ruidos a los lejos. Ruidos de quejidos por golpes y de perros a lo lejos. Sólo a lo lejos esos ruidos. Ella sabe que es así. Ella sabe que mi libertad es tan obtusa. Tan provista de diccionarios. Tan provista de puertas que se cierran y no te dejan entrar a ningún lado. A ningún lado.

Mañana viene la vieja a la visita. Pero tampoco puedo dejar de pensar en aquella mujer que amé. Que amé. Que probablemente me amó también. Pero pensar en ella me hace sentir enormemente triste. Enormemente fracasado. Éste es el ejemplo del mayor fracaso. Del fracaso de no vivir. De no animarse a vivir. Recuerdo como música de violines cuando nos entregábamos en besos. Infinitos besos detrás de su alma, al costado de sus sueños. Besos que acariciaban su manera sutil de quererme. A veces me quería y yo también la quería. Nos queríamos de esa manera extraña que hay en la vida de comprenderse uno al otro. De mirarse y de luego de un tiempo de conversación irse a dormir. Irse a la cama. Esa cama que se solidarizaba con nuestros cuerpos desnudos mordiendo sombras, recorriendo lagos, caminando por montañas, por fríos y densos espejos. Por tu cuerpo de golondrina. Por tu alma de virgen que ha conocido el amor en otras almas. En otros cuerpos. En otros sueños. Me dejaba morir y me dejaba vivir en ese instante. En ese preciso instante en que todos nos amoldamos a vivir sin sentir. Ella me quería y yo a veces también la quería, se me viene a la memoria esta frase de Neruda, que

tantas veces leí. Nos queríamos y nos entregábamos a ser lo que éramos o fuimos. Tan ajenos para otros, tan cercanos entre nosotros. Tan sueños pálidos. Tan sueños tensos.

Mañana viene mi madre a la visita. Y probablemente nunca verá estos papeles, estos papeles que escribo de manera automática, sentado en esa cama que me hace doler la espalda. En estos papeles que quiero conservar para que cuando salga de aquí pueda quemar sin el mayor temor. Sin el mayor temor.

Porque hice eso no lo sé. No lo sé. Y cómo se acumulan estos papeles. Parvas de papeles. Sin saber para qué sirven.